

## ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EDIFICIO DE DIOS

### Los requisitos para la edificación de los creyentes en la iglesia, el Cuerpo de Cristo

(1)

(Mensaje 4)

Lectura bíblica: Mt. 16:18; 18:19; 12:28; Jn. 17:21-23; Sal. 133:1-3

- I. Tenemos que comprender que lo que el Señor ama y desea obtener es una iglesia edificada, no individuos dispersos—Mt. 16:18; Ef. 5:25; Hch. 13:22; cfr. 1 R. 8:17:
  - A. El principio que corresponde a Babilonia, la cristiandad apóstata, es el de la división, la confusión y la dispersión; el pueblo de Dios está disperso, pues cada uno toma su propio camino y dirección—Gn. 11:1-9; Jue. 21:25.
  - B. El principio que corresponde a la edificación de la iglesia es el de congregar; somos congregados por el Señor, quien nos llama a dejar toda clase de ocupación y frustración para congregarnos dentro de Él mismo sobre el terreno genuino de la unidad—Mt. 18:20; Dt. 12:5, 8; 16:16.
- II. Tenemos que reconocer que, en un solo Espíritu, todos los creyentes fueron bautizados en un solo Cuerpo y que Dios puso los miembros en el Cuerpo y concertó todo el Cuerpo compenetrándolo—1 Co. 12:13a, 18, 24:
  - A. Puesto que el Espíritu es la esfera y el elemento de nuestro bautismo espiritual y es en tal Espíritu que todos fuimos bautizados en una sola entidad orgánica —el Cuerpo de Cristo—, así también todos nosotros, independientemente de nuestra raza, nacionalidad y posición social, debemos constituir este único Cuerpo—vs. 12-13; Col. 3:10-11.
  - B. Todo creyente es un miembro indispensable del Cuerpo, y “Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como Él quiso”—1 Co. 12:18:
    1. No debemos menospreciarnos a nosotros mismos ni tampoco codiciar la obra de otros—v. 15.

2. No debemos ser orgullosos ni menospreciar a los demás, pensando que somos todo-inclusivos y que somos mejores y más útiles que otros—v. 21.
  - C. Dios concertó a todos los diferentes miembros de Cristo para que juntos formen un solo Cuerpo; ser concertados o compenetrados implica ser atemperados y crucificados, aprendiendo a seguir al Espíritu a fin de que impartamos a Cristo en otros para beneficio de Su Cuerpo—v. 24; cfr. 2 Cr. 1:10.
- III. Tenemos que estar en armonía con los demás creyentes y ser unánimes con el Cuerpo en oración, lo cual da por resultado el establecimiento de la iglesia—Mt. 18:19; Hch. 1:14:
- A. Los dos asuntos de mayor importancia en las Escrituras son el asunto de mezclarnos con Dios y el de ser uno con todos los santos; la unidad es como un termómetro, pues ella nos indica en qué grado hemos participado en esta mezcla—Lv. 2:4-5; 1 Co. 10:17.
  - B. La unanimidad es la práctica, la aplicación, de la unidad—Hch. 1:14:
    1. En Mateo 18:19 el Señor habló de dos que oraban juntos en la tierra en armonía, en unanimidad; decir “amén” a la oración de otros es indicio de nuestra unanimidad—1 Co. 14:16; 1 Cr. 16:36; cfr. Ap. 3:14.
    2. Nos compenetramos con otros al orar ejercitando nuestro espíritu y liberándolo de tal modo que ellos puedan oír, entender y estar de acuerdo con nuestra oración y puedan decir “amén” a la misma—*Himnos*, #361.
- IV. Tenemos que poner en práctica la unidad de la Trinidad Divina en la Trinidad Divina tal como lo hace la Trinidad Divina—Jn. 17:21-23; cfr. Gn. 1:26a:
- A. Los tres de la Trinidad Divina —el Padre, el Hijo y el Espíritu— practican continuamente la unidad divina; la belleza y la excelencia en la Trinidad Divina es la unidad, la armonía y la coordinación en la Trinidad Divina:
    1. Mateo 12:28 revela que el Hijo es el centro de la Trinidad Divina y que, como tal, Él no existe por Sí mismo, ni para Sí mismo ni enfocado en Sí mismo; todo cuanto Él hizo lo realizó por el Espíritu de Dios y para el reino de Dios Padre.
    2. Si queremos mantenernos en coordinación con todos los

- miembros del Cuerpo en la unidad y armonía de la Trinidad Divina, debemos seguir el modelo establecido por nuestra Cabeza y no hacer nada por nosotros mismos ni para nosotros mismos; lo que hagamos debe ser realizado por el Cristo *pneumático* que mora en nosotros como nuestra humildad y desprendimiento personal y para el reino celestial de nuestro Padre, para el cumplimiento de Su perfecta voluntad y para Su gloria eterna—6:8-13.
- B. Juan 17 revela la unidad de los creyentes incorporada a la unidad de la Trinidad Divina—vs. 11, 21, 23:
    1. Practicamos la unidad de la Trinidad Divina por medio de la vida divina y con su fuente, que es el nombre divino del Padre; el nombre del Padre es la fuente de nuestra unidad y Su vida es el elemento de nuestra unidad, y como tal nos libera del ámbito natural—vs. 2-3, 6, 11-12, 26.
    2. Practicamos la unidad de la Trinidad Divina por medio de la palabra divina como verdad que santifica a los creyentes separándolos del mundo; la palabra santificadora del Padre es el medio en virtud del cual se produce nuestra unidad, y como tal nos libera del mundo—vs. 14-19.
    3. Practicamos la unidad de la Trinidad Divina por medio de la gloria divina: la filiación divina con la vida y naturaleza del Padre como nuestro derecho divino de expresar al Padre; la gloria del Padre es la expresión de nuestra unidad, y como tal nos libera de nosotros mismos—vs. 22, 24.
  - C. El salmo 133 nos revela la bendición ordenada por Dios el Padre para los creyentes que viven en la unidad de la Trinidad Divina, sobre los cuales se extiende la unción de Dios el Espíritu y descende el rocío de Cristo el Hijo—cfr. 2 Co. 13:14:
    1. El aceite de la unción es un ungüento compuesto que tipifica al Dios Triuno procesado, quien es el Espíritu compuesto y todo-inclusivo—Sal. 133:2; Éx. 30:23-25:
      - a. Estamos en la unidad, la cual es el Dios Triuno procesado que ha sido ungido, o “pintado”, en nuestro ser—2 Co. 1:21-22; 1 Jn. 2:20, 27.
      - b. Día a día, en la vida de iglesia, todos los ingredientes del ungüento compuesto divino y místico son forjados en nuestro ser; mediante la aplicación de estos

ingredientes a nuestro ser interior, espontáneamente estamos en la unidad—Ef. 4:3-4.

2. El rocío representa la gracia de la vida divina que desciende sobre nosotros, nos refresca, nos riega y nos satura (1 P. 3:7); la gracia es el Cristo *pneumático* que nosotros hemos experimentado, recibido, disfrutado y obtenido—Sal. 133:3; Jn. 1:16-17; 1 Co. 15:10; Gá. 2:20:
  - a. Al permanecer en la vida de iglesia, somos guardados en la gracia del Señor—Hch. 4:33; 11:23.
  - b. Por la gracia que recibimos en los montes de Sion podemos llevar una vida que a la gente del mundo le resulta imposible vivir—20:32; 2 Co. 12:7-9.
3. Cuanto más experimentemos a Cristo como Espíritu vivificante, más reducidas serán nuestra constitución intrínseca y nuestra manera de ser naturales; a medida que éstas sean reducidas al experimentar nosotros al Dios Triuno y Sus atributos divinos, seremos perfeccionados hasta llegar a ser una sola entidad para la gloria del Padre—Jn. 17:23; Ef. 4:1-3.

#### MENSAJE CUATRO

#### LOS REQUISITOS PARA LA EDIFICACIÓN DE LOS CREYENTES EN LA IGLESIA, EL CUERPO DE CRISTO

(1)

El contenido de este mensaje procede principalmente del libro titulado *El secreto de la salvación orgánica que Dios efectúa: “El Espíritu mismo con nuestro espíritu”*, y en particular, del capítulo titulado: “El secreto de la edificación” (cap. 4). De hecho, el título de este mensaje fue tomado del bosquejo presentado al comienzo de dicho capítulo. Aquí, *requisito* significa aquello que se requiere con previa anticipación, las condiciones necesarias que tienen que cumplirse, a fin de que algo se lleve a cabo.

Les pido que noten que el título no dice: “Los creyentes que son edificados en la iglesia”, ni tampoco dice: “Los creyentes que edifican la iglesia”; más bien, el título dice: “La edificación de los creyentes en la iglesia”. La edificación se hace realidad cuando nosotros, los creyentes, los santos, permitimos que el Dios que edifica se edifique en nuestro ser de tal modo que Él mismo se convierta en nuestra constitución intrínseca. Es entonces que nosotros llegamos a convertirnos en Su hogar, Su morada. Después que el Señor ha sido edificado en nuestro ser en cierta medida, nosotros llegamos a ser uno con Él. Así pues, según el principio que corresponde a tal mezcla, Él desea que, por medio de nosotros, Su propio Ser sea edificado en el ser de otros santos. Por un lado, el Señor se edifica en nosotros; por otro, nosotros hacemos que Él sea edificado en otros. No obstante, no somos nosotros los que realizamos esta obra de edificación, sino que es Dios quien realiza tal obra en los demás por medio de nosotros.

Es probable que cuando recién vinimos al recobro, pensáramos que la palabra *edificación* hacía referencia a ser edificados con otros santos como quien forma una pared. Pensábamos que en lugar de ser piedras esparcidas, ahora todos estábamos adheridos unos a otros, de tal modo que cuando viniese el enemigo no podría derribarnos ni penetrar en nuestro medio debido a que estábamos “juntamente edificados”. Tal

concepto tiene algo de verdad, pues la Biblia revela que nosotros somos piedras para el edificio (1 P. 2:5). Sin embargo, a la luz de la cumbre de la revelación divina, tal entendimiento es muy deficiente, muy objetivo, y es, incluso, muy natural. Tenemos que ver que la edificación es, por completo, algo que corresponde a la vida divina y se realiza en la vida divina. La edificación a la que nos referimos aquí es la edificación de Dios mismo en nuestro corazón, en nuestro ser interior, así como al hecho de que Él hace que nosotros seamos edificados dentro de Él mismo. Así, la divinidad es introducida en la humanidad, y la humanidad es introducida en la divinidad. Al unirse, mezclarse e incorporarse mutuamente estas dos vidas, estas dos naturalezas y estas dos personas, se produce el edificio divino que es un Dios-hombre, una incorporación divino-humana, el Dios universal y expandido. Ésta es la morada mutua de Dios y el hombre en este universo. Quiera el Señor que nuestra perspectiva sea elevada.

**TENEMOS QUE COMPRENDER QUE LO QUE EL SEÑOR  
AMA Y DESEA OBTENER ES UNA IGLESIA EDIFICADA,  
NO INDIVIDUOS DISPERSOS**

Tenemos que comprender que lo que el Señor ama y desea obtener es una iglesia edificada, no individuos dispersos (Mt. 16:18; Ef. 5:25; Hch. 13:22; cfr. 1 R. 8:17). Comprender esto es el primer requisito para la edificación de los creyentes en la iglesia. No debiéramos menospreciar la palabra *comprender*, pues el grado en que lograremos participar de la realidad del edificio de Dios o del Cuerpo de Cristo dependerá totalmente de lo que logremos ver. Cuando vemos lo que es el Cuerpo, o lo que es el edificio de Dios, ello equivale a entrar en el ámbito que corresponde a esa realidad. En estos días tenemos que orar. Si no oramos, no tendremos un espíritu de sabiduría y de revelación, y seremos incapaces de ver. Si no vemos, no podremos entrar en la realidad del edificio de Dios. Para entrar en tal ámbito, tenemos que ver, y al ver comprenderemos que lo que el Señor ama y desea obtener es una iglesia edificada.

Hablar de lo que el Señor ama y desea implica hablar del deseo de Su corazón. Efesios 5:25 dice que “Cristo amó a la iglesia”. Este versículo nos da a entender que es el amor lo que motiva al Señor. En nuestros días, en esta era, no es poca cosa que haya un grupo de personas que aman lo que el Señor ama y anhelan lo que el Señor anhela. En el primer mensaje de esta serie vimos que somos privilegiados al conocer el

propósito de Dios. Sin embargo, no basta con simplemente conocerlo, sino que debemos identificarnos plenamente con tal propósito, debemos amar Su propósito y debemos desear poder ver el cumplimiento del propósito de Dios. Dios desea obtener una iglesia edificada, no un grupo de individuos dispersos.

Hechos 13:22 dice: “He hallado a David hijo de Isaí, varón conforme a Mi corazón, quien hará Mi voluntad”. David era una persona que amaba y deseaba aquello que Dios amaba y deseaba. En 1 Reyes 8:17 dice: “David mi padre tuvo en su corazón edificar casa al nombre de Jehová Dios de Israel”. Quiera el Señor que todos nosotros tengamos tal corazón. Que el celo de la casa de Dios nos consuma por el resto de nuestros días. Nuestro interés no es meramente impartir cierta doctrina o enseñanza; más bien, deseamos concentrarnos en lo que es el “latido” del corazón de Dios, es decir, aquello que Dios anheló desde la eternidad pasada: una iglesia edificada.

**El principio que corresponde a Babilonia,  
la cristiandad apóstata, es el de la división, la confusión  
y la dispersión; el pueblo de Dios está disperso,  
pues cada uno toma su propio camino y dirección**

El principio que corresponde a Babilonia, la cristiandad apóstata, es el de la división, la confusión y la dispersión; el pueblo de Dios está disperso, pues cada uno toma su propio camino y dirección (Gn. 11:1-9; Jue. 21:25). La precursora de Babilonia es la Babel mencionada en Génesis 11. Ese capítulo nos relata cómo Satanás instigó a la humanidad rebelde a tomar una determinación y decir: “Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra” (v. 4). La rebelión consumada del hombre consiste en hacerse un nombre. Cuando el hombre comenzó a hacer esto, ello provocó a Dios, quien dijo: “Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero. Así los esparció Jehová desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad” (vs. 7-8). Éste fue el castigo y juicio que Dios aplicó directamente a esa rebelión. Como resultado de tal juicio y castigo divino, aquellos hombres fueron confundidos, se dividieron y, finalmente, fueron esparcidos por toda la tierra. La confusión, la división y el ser esparcidos, son indicios del juicio de Dios. Jamás debiéramos asociarnos con nada que sea divisivo, pues ello está bajo el juicio de Dios. Ellos

fueron juzgados al extremo que comenzaron a hablar lenguas diferentes y no pudieron volver a entenderse entre sí. Es una maldición que hablemos diferentes lenguajes y que, como cristianos, no podamos entendernos entre nosotros mismos. Incluso en el recobro del Señor, si no nos entendemos entre nosotros, ello constituye un obstáculo.

En contraste con semejante situación, nosotros en el recobro del Señor, los que participamos de la vida de iglesia apropiada, debiéramos entendernos hablando un único lenguaje, a una sola voz. En la vida de iglesia apropiada, en lugar de estar confundidos, divididos y esparcidos, debe haber entre nosotros armonía y unidad, y debemos estar congregados. No solamente debemos hablar un mismo idioma, sino que también debemos ser de un mismo parecer, compartiendo la misma opinión y el mismo pensamiento. Algunos tal vez nos acusen de cierta especie de robotización, pero éste no es el caso. Es una bendición ser uno. No debiéramos intentar ser diferentes; debemos procurar ser iguales. Ser dispersados es un castigo de Dios, y ello produce personas que únicamente viven para sí mismas. Finalmente, todo hombre hace lo que bien le parece (Jue. 21:25). Que cada uno haga lo que bien le parece constituye una situación anormal, tal como lo fue en el tiempo de los jueces del Antiguo Testamento. En la esfera divina, tal clase de situación constituye un juicio. Por tanto, en la vida de iglesia no debiéramos hacer lo que bien nos parezca. Lo que verdaderamente importa no es lo que yo piense ni lo que a usted le parezca, sino lo que Dios piensa. Todos debemos pensar lo que Dios piensa. Lo que reviste crucial importancia no es lo que yo diga ni lo que usted diga, sino lo que la Palabra dice.

**El principio que corresponde a la edificación de la iglesia es el de congregar; somos congregados por el Señor, quien nos llama a dejar toda clase de ocupación y frustración para congregarnos dentro de Él mismo sobre el terreno genuino de la unidad**

El principio que corresponde a la edificación de la iglesia es el de congregar; somos congregados por el Señor, quien nos llama a dejar toda clase de ocupación y frustración para congregarnos dentro de Él mismo sobre el terreno genuino de la unidad (Mt. 18:20; Dt. 12:5, 8; 16:16). Que seamos congregados corresponde al proceder del Señor y denota Su bendición. El Señor desea que Su iglesia sea congregada, reunida. Mateo 18:20 dice: “Donde están dos o tres congregados en Mi

nombre, allí estoy Yo en medio de ellos”. No es que nosotros decidamos reunirnos, sino que hay Uno que nos congrega. Éste es Jesús, Aquel que nos congrega. No somos nosotros los que damos inicio a las reuniones de los creyentes, pues no tenemos derecho a ello. Únicamente Dios puede convocar una reunión. En la vida de iglesia, el Señor nos congrega reunión tras reunión y fiesta tras fiesta. Aborrecemos toda clase de dispersión efectuada en el recobro del Señor, pero amamos estar congregados.

Dios nos congrega sacándonos de toda clase de ocupación y de todo aquello que nos impide venir a Él y nos lleva al interior de Su nombre, es decir, de Sí mismo, pues Su nombre denota Su persona. Por el contrario, el diablo se vale de nuestro entorno para impedir que nos reunamos. Estoy seguro que muchos de nosotros hemos tenido la experiencia que el día de la reunión de oración, suceden cosas en nuestro entorno que podrían impedirnos asistir. Por ejemplo, es posible que el día de la reunión de oración nos sobrevenga un dolor de cabeza al mediodía. Debemos darnos cuenta de que hay un enemigo que no quiere que nosotros oremos; él desea que seamos esparcidos. Sin embargo, Dios está congregando Su iglesia en la reunión de oración, y es necesario que oremos juntos en armonía con respecto a Su voluntad. Una vez que nos demos cuenta de las tácticas del enemigo, tenemos que decirle: “No me importa el dolor de cabeza, de todos modos iré a la reunión”. Con frecuencia sucederá que una vez que lleguemos a la reunión de oración, el dolor de cabeza desaparece en cuanto abrimos nuestros labios para orar. No debiéramos permitir que nada de esto nos impida congregarnos dentro de Su persona y sobre el terreno genuino de la unidad, esto es, en el lugar de Su elección (Dt. 12:5).

**TENEMOS QUE RECONOCER QUE, EN UN SOLO ESPÍRITU, TODOS LOS CREYENTES FUERON BAUTIZADOS EN UN SOLO CUERPO Y QUE DIOS PUSO LOS MIEMBROS EN EL CUERPO Y CONCERTÓ TODO EL CUERPO COMPENETRANDOLO**

Tenemos que reconocer que, en un solo Espíritu, todos los creyentes fueron bautizados en un solo Cuerpo y que Dios puso los miembros en el Cuerpo y concertó todo el Cuerpo compenetrándolo (1 Co. 12:13a, 18, 24). La palabra *fuimos* nos indica que este bautismo es un hecho consumado. Todo creyente genuino fue bautizado en un solo Espíritu y en un solo Cuerpo. Cristo es la vida del Cuerpo así como su elemento constitutivo, y el Espíritu es la realidad de este Cristo. Hoy en

día, todos nosotros ya hemos sido bautizados en un mismo Espíritu. Tenemos que basarnos firmemente en este hecho y declararlo. Además, Dios puso los miembros en el Cuerpo. Esto ya fue realizado por Él, y constituye otro hecho consumado. Es importante notar que somos miembros del Cuerpo, no meros individuos. En los Estados Unidos se hace hincapié en la individualidad de las personas, pero en el reino de Dios, nosotros recalcamos nuestra condición de miembros. Tenemos que declarar: “No soy meramente un individuo; soy un miembro del Cuerpo de Cristo”. Es mucho mejor ser tal clase de miembro que ser un individuo más. Finalmente, Dios concertó el cuerpo, o sea, concertó a todos los diferentes miembros del Cuerpo compenetrándolos. De nuevo, éste es un hecho consumado. Así pues, fuimos bautizados, colocados en el Cuerpo y concertados en él. Simplemente necesitamos decir “amén” a estos hechos consumados.

**Puesto que el Espíritu es la esfera  
y el elemento de nuestro bautismo espiritual  
y es en tal Espíritu que todos fuimos bautizados  
en una sola entidad orgánica —el Cuerpo de Cristo—,  
así también todos nosotros, independientemente  
de nuestra raza, nacionalidad y posición social,  
debemos constituir este único Cuerpo**

Puesto que el Espíritu es la esfera y el elemento de nuestro bautismo espiritual y es en tal Espíritu que todos fuimos bautizados en una sola entidad orgánica —el Cuerpo de Cristo—, así también todos nosotros, independientemente de nuestra raza, nacionalidad y posición social, debemos constituir este único Cuerpo (vs. 12-13; Col. 3:10-11). Estamos en un solo Espíritu y en un solo Cuerpo. Por tanto, debemos *ser* el único Cuerpo. Tenemos que dejar a un lado nuestras diferentes razas, nacionalidades y posiciones sociales, pues a todo ello se le puso fin. Colosenses 3:11 dice: “Donde no hay...”. En el nuevo hombre no hay cabida para persona natural alguna. Las prácticas religiosas como la circuncisión o la incircuncisión, así como las posiciones sociales tales como las que corresponden a una persona libre o a un esclavo, han sido eliminadas. Cristo es el todo, y en todos. En el nuevo hombre, sólo hay cabida para Cristo.

Incluso en el recobro del Señor pueden infiltrarse problemas relacionados con la raza, la nacionalidad y nuestra posición en la sociedad. Cuando esto sucede, tenemos que tomar la determinación de juzgar y

condenar estas cosas, pues todas ellas han sido aniquiladas en la cruz. En el nuevo hombre no hay cabida para estas cosas. Incluso en nuestros días, en los Estados Unidos, ciento cincuenta años después de la guerra civil, el problema del racismo no ha sido resuelto; incluso es posible que se haya hecho más intenso. La existencia de este problema en el mundo nos muestra que no hay soluciones para el mismo. La única solución para el problema suscitado por las diferentes razas está en el nuevo hombre. Con respecto a las posiciones sociales, algunos afirman que vivimos en una sociedad sin clases sociales; pero no existe tal cosa. No debemos permitir que esto sea introducido en la vida de iglesia. No debíamos menospreciar a los santos que son pobres ni tampoco admirar a los que son ricos. Todos somos uno en Cristo. Éste es un requisito. Tenemos que ser el Cuerpo, el cual es uno solo y único.

**Todo creyente es un miembro indispensable del Cuerpo, y  
“Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos  
en el cuerpo, como Él quiso”**

Todo creyente es un miembro indispensable del Cuerpo, y “Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como Él quiso” (1 Co. 12:18). La función que le corresponde al Cuerpo es la de ser la plena expresión de Cristo, el Cristo corporativo. Todo creyente es un miembro del Cuerpo de Cristo, y en el Cuerpo todos los miembros son necesarios, en verdad, indispensables. En ningún momento deberíamos pensar que nosotros mismos, o cualquier otro miembro del Cuerpo, somos innecesarios. Dios ha colocado los miembros, cada uno de ellos en el Cuerpo, como Él quiso.

*No debemos menospreciarnos a nosotros mismos  
ni tampoco codiciar la obra de otros*

No debemos menospreciarnos a nosotros mismos ni tampoco codiciar la obra de otros (v. 15). Esto es muy práctico. El versículo 16 dice: “Si dice la oreja: Porque no soy ojo, no soy del cuerpo, no por eso deja de ser del cuerpo”. Decir tal cosa es refunfuñar celosamente. Si todo el cuerpo fuese un ojo, no sería un cuerpo. Sería un gran ojo. Incluso el más pequeño de los dedos del pie es necesario para que el cuerpo mantenga el equilibrio. Si uno de estos deditos del pie dejase de ejercer su función, nuestros ojos tendrían problemas. Es muy fácil para nosotros menospreciar nuestra función y codiciar la función que otros ejercen. Incluso podríamos intentar imitar a otros miembros. Debemos

dejar de intentar ser como alguna otra persona, pues al hacerlo únicamente caeremos en el desaliento y nos sentiremos torpes. No debiéramos sentirnos desalentados ni rendirnos porque no podemos ser como los otros. Dios ha dispuesto para nosotros cierta medida, cierta función en la que ninguna persona nos puede reemplazar. El día que nos perca-temos de este hecho, seremos libertados. Dios nos colocó en el Cuerpo como Él quiso, así que debemos estar contentos con ello y decir “amén” a ello.

*No debemos ser orgullosos  
ni menospreciar a los demás,  
pensando que somos todo-inclusivos  
y que somos mejores y más útiles que otros*

No debemos ser orgullosos ni menospreciar a los demás, pensando que somos todo-inclusivos y que somos mejores y más útiles que otros. El versículo 21 dice: “Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros”. Aquí un miembro le dice al otro: “Yo soy lo suficientemente bueno; es más, soy todo-inclusivo”. No debemos ser personas orgullosas. Todos y cada uno de nosotros es indispensable; no obstante, debemos ser personas humildes en nuestra manera de pensar, “estimando cada uno a los demás como superiores a sí mismo; no considerando cada uno sus propias virtudes, sino cada cual también las virtudes de los otros” (Fil. 2:3-4). Si queremos poner en práctica la edificación en la vida de iglesia, es importante ver esto.

**Dios concertó a todos los diferentes miembros de Cristo  
para que juntos formen un solo Cuerpo;  
ser concertados o compenetrados implica  
ser atemperados y crucificados, aprendiendo a seguir  
al Espíritu a fin de que impartamos  
a Cristo en otros para beneficio de Su Cuerpo**

Dios concertó a todos los diferentes miembros de Cristo para que juntos formen un solo Cuerpo; ser concertados o compenetrados implica ser atemperados y crucificados, aprendiendo a seguir al Espíritu a fin de que impartamos a Cristo en otros para beneficio de Su Cuerpo (1 Co. 12:24; cfr. 2 Cr. 1:10). La palabra *compenetrados* implica la desaparición de las distinciones. Por naturaleza todos somos muy distintos y diferentes entre nosotros. Es por este motivo que Dios nos

concertó, nos compenetró. Al ser compenetrados, somos calibrados. Ser calibrados significa ser regulados. Todos necesitamos tal clase de regulación. Si los hermanos no nos regularan, llegaríamos a ser personas con una espiritualidad salvaje. Al ser regulados o calibrados, no solamente somos limitados, sino que ello también permite que la vida divina crezca en nosotros. Cuanto más crezcamos y más seamos uno con el Señor, más veremos que necesitamos ser regulados. Con mucha frecuencia, el Señor no nos regula directamente, sino por medio de los miembros que, en Su soberanía, Él puso a nuestro lado.

Además de ser regulados, en esta compenetración somos armonizados. De hecho, ser concertados o compenetrados significa ser hechos armoniosos. Si al tocar la guitarra una de las cuerdas no está debidamente afinada, esa cuerda no será armoniosa; únicamente habrá discordia. En esta compenetración también somos atemperados. Ser atemperados significa ser moderados. Si usted es frío mientras que yo soy caliente, es necesario que seamos conjuntamente atemperados. Por último, en esta compenetración nos mezclamos unos con otros. Si no ocurriera esta compenetración, sería muy difícil obtener la realidad del Cuerpo de Cristo. No queremos ser compenetrados de una manera natural. Ser compenetrados es ser atemperados y crucificados; en la compenetración aprendemos cómo seguir al Espíritu para impartir Cristo a otros. La verdadera compenetración incluye la cruz, el Espíritu y la impartición de Cristo. Cuanto más nos compenetramos de este modo, más serán eliminadas nuestras distinciones.

En términos prácticos y concretos, podremos compenetrarnos conjuntamente si nos detenemos a fin de tener mucha comunión. Cuando laboramos para el Señor, el peligro más grande es no tener comunión. Es posible que tengamos un plan y una meta, así que simplemente arremetemos, sin haber tenido comunión. Es en tal coyuntura que debemos detenernos a fin de compenetrarnos por medio de la comunión. Por medio de la comunión seremos introducidos en la unanimidad.

**TENEMOS QUE ESTAR EN ARMONÍA  
CON LOS DEMÁS CREYENTES  
Y SER UNÁNIMES CON EL CUERPO EN ORACIÓN,  
LO CUAL DA POR RESULTADO  
EL ESTABLECIMIENTO DE LA IGLESIA**

Tenemos que estar en armonía con los demás creyentes y ser unánimes con el Cuerpo en oración, lo cual da por resultado el

establecimiento de la iglesia (Mt. 18:19; Hch. 1:14). Éste es el tercer requisito para la edificación de los creyentes en la iglesia, el Cuerpo de Cristo. Al congregarnos, tenemos que ser unánimes en oración. La unanimidad es la unidad en términos concretos. Es la unidad en la práctica, y se refiere a una especie de armonía que impera en nuestro ser interior, esto es, en nuestra mente y voluntad. Aquellos que han gustado de la auténtica armonía pueden dar testimonio de que no hay nada más dulce y hermoso. Cuando estamos en armonía, el Señor responde a todo lo que pedimos en oración. En el recobro del Señor es necesario valorar la armonía por encima de cualquier otra cosa.

La oración está estrechamente relacionada con la unanimidad y tiene como fruto el establecimiento de la iglesia. Es por medio de la oración que podemos poner en práctica la unanimidad. Mateo 18:19 dice: “De cierto os digo que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidan, les será hecho por Mi Padre que está en los cielos”. Esto indica que cuando estamos en armonía, conocemos la mente de Dios así como Su respuesta. Hechos 1:14 también nos habla de la unanimidad en relación con la oración: “Todos éstos perseveraban unánimes en oración, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con Sus hermanos”. Cuando nos congregamos, lo mejor que podemos hacer es orar primero, no hablar, porque la oración nos conduce a la armonía y a la unanimidad.

**Los dos asuntos de mayor importancia en las Escrituras son el asunto de mezclarnos con Dios y el de ser uno con todos los santos; la unidad es como un termómetro, pues ella nos indica en qué grado hemos participado en esta mezcla**

Los dos asuntos de mayor importancia en las Escrituras son el asunto de mezclarnos con Dios y el de ser uno con todos los santos; la unidad es como un termómetro, pues ella nos indica en qué grado hemos participado en esta mezcla (Lv. 2:4-5; 1 Co. 10:17). Estos dos asuntos están estrechamente relacionados entre sí y constituyen aquello que el Señor procura obtener hoy. Nuestra unidad con los otros santos es una prueba, un indicio, del grado en que nos hemos mezclado con Dios. Esto se debe a que la edificación es hecha realidad únicamente por medio de la mezcla de Dios y el hombre. Únicamente la mezcla de Dios y el hombre produce el Cuerpo. Por tanto, cuanto más mezcla haya, más unidad habrá.

### **La unanimidad es la práctica, la aplicación, de la unidad**

La unanimidad es la práctica, la aplicación, de la unidad (Hch. 1:14). Si la unanimidad no está presente de forma concreta, la unidad sigue siendo para nosotros objetiva y abstracta. Si entre nosotros no hay unanimidad, no podemos decir que hay unidad.

*Que dos personas aquí en la tierra  
oren juntas en armonía, en unanimidad;  
decir “amén” a la oración de otros  
es indicio de unanimidad*

En Mateo 18:19 el Señor habló de dos que oraban juntos en la tierra en armonía, en unanimidad; decir “amén” a la oración de otros es indicio de nuestra unanimidad (1 Co. 14:16; 1 Cr. 16:36; cfr. Ap. 3:14). Antes de Pentecostés, hubieron ciento veinte santos orando unánimes por diez días en el aposento alto. Ciertamente en esa habitación resonaban los “amenes”. Asimismo, cuando David trajo el arca a Jerusalén, él dijo: “Bendito sea Jehová Dios de Israel, / De eternidad a eternidad. / Y dijo todo el pueblo: Amén, y alabó a Jehová” (1 Cr. 16:36). Estos versículos indican que tenemos que aprender a decir “amén” en respuesta a la oración de los demás. Si usted no puede decir “amén”, ello indica que existe alguna discordia. Además, si no decimos “amén”, es difícil continuar orando corporativamente.

Decir “amén” no es algo insignificante. En realidad, el nombre del Señor es Amén. Decir “amén” es indicio de que ejercitamos nuestro espíritu. En la vida de iglesia es necesario que todos nosotros aprendamos a decir “amén”. La vida de iglesia es una vida de iglesia en la que se dice “amén”. *Amén* significa “firme y digno de confianza”.

*Nos compenetramos con otros  
al orar ejercitando nuestro espíritu  
y liberándolo de tal modo que ellos puedan oír,  
entender y estar de acuerdo con nuestra oración  
y puedan decir “amén” a la misma*

Nos compenetramos con otros al orar ejercitando nuestro espíritu y liberándolo de tal modo que ellos puedan oír, entender y estar de acuerdo con nuestra oración y puedan decir “amén” a la misma. *Himnos*, #361 me ha sido de gran ayuda. Las primeras dos líneas de cada estrofa piden: “¡Oh, que mi espíritu / Pueda fluir!”. Allí también se nos



habla de que “los muros” del pasado son derribados o caen, se habla de destronar al yo, de no pensar con altivez ni estar aislados. Finalmente, las cuatro últimas líneas de la sexta estrofa dicen: “No sólo Tú y yo, / Mas mi edificación / Con otros en amor / Y espíritu”. El énfasis de este himno es que nuestro espíritu tiene que ser liberado a fin de que podamos compenetrarnos con otros. La compenetración es nuestro espíritu que toca el espíritu de otros. Cuando nos congreguemos, tenemos que orar liberando nuestro espíritu. Esto quiere decir que debemos dejar que nuestro espíritu fluya. También tenemos que liberar nuestro espíritu al decir “amén” a la oración de otros. Algunos tal vez consideren que este punto no reviste mucha importancia, pero tenemos que ver que éste es un requisito para la edificación de los creyentes en la iglesia, el Cuerpo de Cristo.

**TENEMOS QUE PONER EN PRÁCTICA LA UNIDAD  
DE LA TRINIDAD DIVINA EN LA TRINIDAD DIVINA  
TAL COMO LO HACE LA TRINIDAD DIVINA**

Tenemos que poner en práctica la unidad de la Trinidad Divina en la Trinidad Divina tal como lo hace la Trinidad Divina (Jn. 17:21-23; cfr. Gn. 1:26a). La Trinidad Divina es maravillosa, en particular en lo referido a la unidad como Su atributo. Tenemos que ver y sentir aprecio por este atributo de la Trinidad Divina así como también ponerlo en práctica. La Trinidad Divina es tres, pero los tres son uno. Este atributo es hermoso y excelente. Sin embargo, a fin de sentir el debido aprecio por tal atributo, tenemos que estudiar exhaustivamente el asunto de la unidad. Tenemos que darnos cuenta de que la unidad de la Trinidad Divina constituye el contenido intrínseco de la unidad del Cuerpo de Cristo.

La unidad que impera entre nosotros como miembros del Cuerpo de Cristo no es una unidad manufacturada por los hombres. Nuestra unidad es la Trinidad Divina; la Trinidad Divina es el modelo de nuestra unidad. Cuando hablamos de la unidad del Cuerpo, hablamos de la unidad agrandada de la Trinidad Divina. Así como el Cuerpo es el agrandamiento de Cristo, la unidad del Cuerpo es el agrandamiento de la unidad de la Trinidad Divina. Finalmente, esta unidad se expandirá a tal grado que todo el Cuerpo con todos sus miembros serán llevados a ser partícipes de la unidad, la cual está llena de la belleza y excelencia de la Trinidad Divina. La consumación de esta unidad agrandada será la Nueva Jerusalén.

**Los tres de la Trinidad Divina —el Padre, el Hijo  
y el Espíritu— practican continuamente la unidad divina;  
la belleza y la excelencia en la Trinidad Divina es la unidad,  
la armonía y la coordinación en la Trinidad Divina**

Los tres de la Trinidad Divina —el Padre, el Hijo y el Espíritu— practican continuamente la unidad divina; la belleza y la excelencia en la Trinidad Divina es la unidad, la armonía y la coordinación en la Trinidad Divina. Los tres de la Trinidad Divina son un excelente modelo que debemos seguir.

*Mateo 12:28 revela que el Hijo es el centro de la Trinidad Divina  
y que, como tal, Él no existe por Sí mismo,  
ni para Sí mismo ni enfocado en Sí mismo;  
todo cuanto Él hizo lo realizó por el Espíritu de Dios  
y para el reino de Dios Padre*

Mateo 12:28 revela que el Hijo es el centro de la Trinidad Divina y que, como tal, Él no existe por Sí mismo, ni para Sí mismo ni enfocado en Sí mismo; todo cuanto Él hizo lo realizó por el Espíritu de Dios y para el reino de Dios Padre. En este versículo el Señor Jesús testificó: “Si Yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, entonces ha llegado a vosotros el reino de Dios”. Tal vez Él podría haber echado los demonios por Sí mismo, pero Él escogió no actuar de manera independiente; más bien, Él coordinó con el Espíritu a fin de realizar algo que contribuya al reino de Dios Padre. ¡Cuánta humildad y desprendimiento personal! Si dedicamos algún tiempo a reflexionar sobre este punto y estudiarlo, seremos llevados a otra esfera, al aprecio profundo e inefable que sentimos por la virtud de la hermosa unidad y de la armoniosa coordinación de la Trinidad Divina.

Hebreos 9:14 es otro versículo que sirve para ilustrar la coordinación de la Trinidad Divina, la cual es requerida para que Dios lleve a cabo Su obra de redención eterna: “¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a Sí mismo sin mancha a Dios, purificará nuestra conciencia de obras muertas para que sirvamos al Dios vivo?”. En este versículo vemos al Hijo, al Espíritu y al Padre. El Hijo se ofreció a Sí mismo, mediante el Espíritu, al Padre. Al cumplir Su función como Aquel que está en el centro de la Trinidad Divina, el Hijo no hace nada por Sí mismo, ni para Sí mismo ni enfocado en Sí mismo.

*Si queremos mantenernos en coordinación  
con todos los miembros del Cuerpo  
en la unidad y armonía de la Trinidad Divina,  
debemos seguir el modelo establecido por nuestra Cabeza  
y no hacer nada por nosotros mismos ni para nosotros mismos;  
lo que hagamos debe ser realizado por el Cristo pneumático  
que mora en nosotros como nuestra humildad  
y desprendimiento personal y para el reino celestial  
de nuestro Padre, para el cumplimiento de Su perfecta voluntad  
y para Su gloria eterna*

Si queremos mantenernos en coordinación con todos los miembros del Cuerpo en la unidad y armonía de la Trinidad Divina, debemos seguir el modelo establecido por nuestra Cabeza y no hacer nada por nosotros mismos ni para nosotros mismos; lo que hagamos debe ser realizado por el Cristo *pneumático* que mora en nosotros como nuestra humildad y desprendimiento personal y para el reino celestial de nuestro Padre, para el cumplimiento de Su perfecta voluntad y para Su gloria eterna. La oración contenida en Mateo 6:8-13 nos presenta el modelo de nuestra Cabeza. La oración del Hijo era por el reino del Padre, la voluntad del Padre y la gloria del Padre. En esta oración, el yo no es expresado. Esta clase de unidad, carente de todo interés personal, debe ser expresada en la vida de iglesia; dicha unidad es la unidad bíblica, la unidad divina, la unidad de la Trinidad Divina. No es una unidad como resultado de la política ni de la organización. El modelo para nuestra unidad es la propia unidad de la Trinidad Divina. Por tanto, la manera en que nosotros experimentamos la verdadera unidad es al mezclarnos con la Trinidad Divina; esto es, al permitir que la Trinidad Divina se forje en nuestro ser. Incluso una pequeña localidad en la que únicamente se reúnen apenas quince santos podrá expresar la belleza y excelencia de la unidad de la Trinidad Divina. Esto avergüenza al enemigo.

**Juan 17 revela la unidad de los creyentes  
incorporada a la unidad de la Trinidad Divina**

Juan 17 revela la unidad de los creyentes incorporada a la unidad de la Trinidad Divina (vs. 11, 21, 23). Este capítulo consiste en la oración que el Señor hizo por la unidad de los creyentes. Esta oración está repleta de expresiones referidas a la cumbre de la revelación divina, por

medio de las cuales se nos revela que la unidad de los creyentes ha sido incorporada a la unidad de la Trinidad Divina. La unidad de la Trinidad Divina tiene que ser nuestra unidad. Únicamente esta unidad es la unidad verdadera. Juan 17 nos presenta tres niveles en los que se da esta unidad divina.

*Practicamos la unidad de la Trinidad Divina  
por medio de la vida divina y con su fuente,  
que es el nombre divino del Padre; el nombre del Padre  
es la fuente de nuestra unidad  
y Su vida es el elemento de nuestra unidad,  
y como tal nos libera del ámbito natural*

Practicamos la unidad de la Trinidad Divina por medio de la vida divina y con su fuente, que es el nombre divino del Padre; el nombre del Padre es la fuente de nuestra unidad y Su vida es el elemento de nuestra unidad, y como tal nos libera del ámbito natural (vs. 2-3, 6, 11-12, 26). El primer nivel en el que se da la unidad divina está relacionado con la vida divina y su fuente: el nombre divino del Padre. El Hijo nos manifestó el nombre del Padre. El nombre del Padre hace referencia a la fuente de nuestra unidad. Además, se le concedió autoridad al Hijo a fin de que Él pueda darnos vida eterna. Por tanto, en nuestra condición de creyentes, somos poseedores del nombre y de la vida del Padre. El nombre y la vida del Padre constituyen la fuente misma de nuestra unidad y su elemento constitutivo. Para que recibamos y poseamos esta vida, así como también tomemos de esta fuente y la disfrutemos, se requiere que todo cuanto somos en nuestro hombre natural y en la vieja creación sea aniquilado y anulado. Únicamente la vida del Padre puede librarnos del ámbito natural. Ninguna otra cosa puede lograr esto; la abnegación no tiene eficacia alguna para ello. Es imprescindible que disfrutemos de la vida del Padre.

*Practicamos la unidad de la Trinidad Divina  
por medio de la palabra divina  
como verdad que santifica  
a los creyentes separándolos del mundo;  
la palabra santificadora del Padre  
es el medio en virtud del cual se produce nuestra unidad,  
y como tal nos libera del mundo*

Practicamos la unidad de la Trinidad Divina por medio de la

palabra divina como verdad que santifica a los creyentes separándolos del mundo; la palabra santificadora del Padre es el medio en virtud del cual se produce nuestra unidad, y como tal nos libera del mundo (vs. 14-19). El segundo nivel en el cual se da la unidad divina es el que corresponde a la realidad de la palabra santificadora del Padre. La palabra del Padre nos revela a Dios mismo, el Padre, como realidad; por tanto, esta palabra contiene la verdad, la realidad, de Dios. Esta verdad nos santifica, apartándonos para Dios y purificándonos. Esta verdad nos separa del mundo y nos guarda de Satanás. A fin de obtener la verdadera unidad, tenemos que ser santificados por la palabra del Padre, la cual el Hijo nos dio.

*Practicamos la unidad de la Trinidad Divina  
por medio de la gloria divina:  
la filiación divina con la vida y naturaleza del Padre  
como nuestro derecho divino de expresar al Padre;  
la gloria del Padre es la expresión de nuestra unidad,  
y como tal nos libera de nosotros mismos*

Practicamos la unidad de la Trinidad Divina por medio de la gloria divina: la filiación divina con la vida y naturaleza del Padre como nuestro derecho divino de expresar al Padre; la gloria del Padre es la expresión de nuestra unidad, y como tal nos libera de nosotros mismos (vs. 22, 24). En el tercer nivel en el cual se da la unidad divina, todos los creyentes son uno en la expresión de la gloria divina. La gloria de Dios es la expresión de Dios. Es la vida y naturaleza del Padre expresada en la irradiación y el esplendor divinos. Esta gloria nos libra del yo, de expresar el yo y de manifestar nuestra propia semejanza.

Las cosas que impiden que los creyentes sean perfeccionados en unidad son la vida natural, el mundo y el yo; y la manera en que somos libertados de todas estas cosas es al disfrutar del nombre y la vida del Padre, la palabra del Padre y la gloria del Padre. El nombre es la fuente, la vida es el elemento, la palabra es el proceso y la gloria es la consumación. La unidad es el resultado de la unión, mezcla e incorporación de la Trinidad Divina con Su pueblo redimido, regenerado y transformado. Esta unidad es el Cuerpo de Cristo, el nuevo hombre y el edificio.

Hoy en día se habla mucho de la unidad. Sin embargo, tenemos que preguntarnos qué clase de unidad es ésta. En el recobro del Señor no nos interesa la unidad que es fruto de la política o la organización, sino

que únicamente estamos en procura de la unidad que es propia de la Trinidad Divina. La unidad no consiste en congregarnos para convecernos unos a otros con respecto a poner a un lado nuestras diferencias; ni tampoco significa llegar al acuerdo de que estamos en desacuerdo. La unidad que procuramos experimentar es la unidad en la Trinidad Divina.

Si carecemos de la verdadera unidad, únicamente nos queda la expresión de nuestras propias opiniones y la consecuente disensión, todo lo cual conduce a la división y a la formación de divisiones. El concepto de que es bueno y positivo que haya disensión y mutua oposición a fin de mantener las cosas equilibradas pertenece por entero al ámbito de la política. En la vida de iglesia apropiada donde se disfruta de la unidad apropiada, es posible que nuestro sentir no sea el mismo al venir a la comunión, pero jamás debería haber disensión entre nosotros. En los disturbios que han ocurrido en el recobro del Señor, los actores y el escenario han ido cambiando, pero la historia ha sido siempre la misma. Que el Señor nos permita ver la verdadera unidad en la Trinidad Divina.

**El salmo 133 nos revela la bendición ordenada  
por Dios el Padre para los creyentes  
que viven en la unidad de la Trinidad Divina,  
sobre los cuales se extiende la unción de Dios el Espíritu  
y descende el rocío de Cristo el Hijo**

*El aceite de la unción es un ungüento compuesto  
que tipifica al Dios Triuno procesado,  
quien es el Espíritu compuesto y todo-inclusivo*

El salmo 133 nos revela la bendición ordenada por Dios el Padre para los creyentes que viven en la unidad de la Trinidad Divina, sobre los cuales se extiende la unción de Dios el Espíritu y descende el rocío de Cristo el Hijo (cfr. 2 Co. 13:14). El aceite de la unción es un ungüento compuesto que tipifica al Dios Triuno procesado, quien es el Espíritu compuesto y todo-inclusivo (Sal. 133:2; Éx. 30:23-25). En Éxodo 30:23-25 se nos revelan los ingredientes del ungüento compuesto: “Tomarás especias finas: de mirra excelente quinientos siclos, y de canela aromática la mitad, esto es, doscientos cincuenta, de cálamo aromático doscientos cincuenta, de casia quinientos, según el siclo del santuario, y de aceite de olivas un hin. Y harás de ello el aceite de

la santa unción; superior unguento, según el arte del perfumador, será el aceite de la unción santa”. Quiera el Señor que todos los jóvenes estudien los ingredientes de este maravilloso compuesto, este unguento que es tipo del Espíritu todo-inclusivo.

*Estamos en la unidad,  
la cual es el Dios Triuno procesado  
que ha sido ungido, o “pintado”, en nuestro ser*

Estamos en la unidad, la cual es el Dios Triuno procesado que ha sido ungido, o “pintado”, en nuestro ser (2 Co. 1:21-22; 1 Jn. 2:20, 27). El Dios Triuno procesado como la unidad misma nos es revelado como el aceite de la unción que fluye. El salmo 133:2 dice que la unidad “es como el buen óleo”, el cual tipifica al Espíritu compuesto; “Es como el buen óleo sobre la cabeza, / El cual descendió sobre la barba, / La barba de Aarón, Y bajó hasta el borde de sus vestiduras”. Por tanto, esta unidad es el fluir, el esparcirse, e incluso el “pintar” del propio Dios Triuno y todos Sus maravillosos ingredientes. Cuando esta unidad divina es añadida o impartida a nuestro ser, espontáneamente somos hechos partícipes de la unidad. Por tanto, nuestra verdadera necesidad no es realizar alguna obra, sino recibir más de esta “pintura”; tenemos necesidad de que más de este maravilloso aceite se extienda en nuestro ser.

*Día a día, en la vida de iglesia, todos los ingredientes  
del unguento compuesto divino y místico  
son forjados en nuestro ser;  
mediante la aplicación de estos ingredientes  
a nuestro ser interior,  
espontáneamente estamos en la unidad*

Día a día, en la vida de iglesia, todos los ingredientes del unguento compuesto divino y místico son forjados en nuestro ser; mediante la aplicación de estos ingredientes a nuestro ser interior, espontáneamente estamos en la unidad (Ef. 4:3-4). El unguento compuesto divino y místico no está destinado a meros individuos, sino que este unguento es para el Cuerpo. Por tanto, no debemos separarnos ni alejarnos del Cuerpo. Hemos sido firmemente adheridos al Ungido (2 Co. 1:21). Así pues, permanezcamos diariamente bajo la unción, de tal modo que podamos experimentar la unidad y permanecer en ella.

*El rocío representa la gracia de la vida divina  
que desciende sobre nosotros,  
nos refresca, nos riega y nos satura;  
la gracia es el Cristo pneumático que nosotros hemos  
experimentado, recibido, disfrutado y obtenido*

El rocío representa la gracia de la vida divina que desciende sobre nosotros, nos refresca, nos riega y nos satura (1 P. 3:7); la gracia es el Cristo *pneumático* que nosotros hemos experimentado, recibido, disfrutado y obtenido (Sal. 133:3; Jn. 1:16-17; 1 Co. 15:10; Gá. 2:20). En la vida de iglesia, en una situación en la que impera la unidad, siempre está presente el rocío que desciende sobre nosotros y que nos refresca y riega.

*Al permanecer en la vida de iglesia,  
somos guardados en la gracia del Señor*

Al permanecer en la vida de iglesia, somos guardados en la gracia del Señor. Hechos 4:33 dice que la “abundante gracia” reposaba sobre la iglesia en Jerusalén. Después, en Antioquía, la gracia de Dios era visible; por tanto, Hechos 11:23 dice que cuando Bernabé vino a Antioquía, “vio la gracia de Dios”. En otras palabras, él vio a los santos que disfrutaban del Cristo *pneumático* y de la unidad resultante. Si visitamos una iglesia y percibimos una dulce unidad, nos percataremos de que la gracia está allí, es decir, que la gracia ha hecho que ellos sean uno.

*Por la gracia que recibimos en los montes de Sion  
podemos llevar una vida que a la gente del mundo  
le resulta imposible vivir*

Por la gracia que recibimos en los montes de Sion podemos llevar una vida que a la gente del mundo le resulta imposible vivir (20:32; 2 Co. 12:7-9). Vivimos una vida que para otros es imposible vivir. Podemos hacerlo en virtud de la gracia que recibimos. Por mí mismo, me es imposible coordinar con los hermanos; no obstante, existe cierto grado de unidad y armonía entre nosotros. Ello está presente entre nosotros no en virtud de lo que nosotros hayamos hecho, sino por la gracia de Dios. La gracia realiza lo imposible. Que todos nosotros tomemos de la gracia.

*Cuanto más experimentemos a Cristo como Espíritu vivificante, más reducidas serán nuestra constitución intrínseca y nuestra manera de ser naturales; a medida que éstas sean reducidas al experimentar nosotros al Dios Triuno y Sus atributos divinos, seremos perfeccionados hasta llegar a ser una sola entidad para la gloria del Padre*

Cuanto más experimentemos a Cristo como Espíritu vivificante, más reducidas serán nuestra constitución intrínseca y nuestra manera de ser naturales; a medida que éstas sean reducidas al experimentar nosotros al Dios Triuno y Sus atributos divinos, seremos perfeccionados hasta llegar a ser una sola entidad para la gloria del Padre (Jn. 17:23; Ef. 4:1-3). Ser perfeccionados en unidad es el cumplimiento de la aspiración expresada por el Señor en Su oración en Juan 17. Esta oración ha sido respondida y continúa siendo respondida. Experimentamos la verdadera unidad y la guardamos al permanecer bajo el efecto constante del aceite que nos unge y el rocío que nos riega.

Oración: Señor Jesús, gracias por estas palabras. Que ellas operen eficazmente en todos nosotros. Unge estas palabras y responde plenamente en nuestro medio a Tu aspiración expresada en Tu oración en Juan 17. Que en nuestros días exista sobre la tierra un testimonio de la unidad divina, la unidad que es realizada en Tu nombre y por Tu vida, mediante Tu palabra y en Tu gloria. Obtén el edificio divino entre nosotros. Amén.—M. C.

## ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EDIFICIO DE DIOS

### Los requisitos para la edificación de los creyentes en la iglesia, el Cuerpo de Cristo

(2)

(Mensaje 5)

Lectura bíblica: Ef. 4:3-6; 1 Co. 1:2, 9-13; Fil. 2:1-2; Ro. 8:6

- V. Tenemos que ser diligentes en guardar la unidad del Espíritu—Ef. 4:3:
- A. Guardamos la unidad del Espíritu en la constitución intrínseca del Cuerpo y con la Trinidad Divina como fuente, elemento y esencia—vs. 4-6:
    1. La unidad del Espíritu es el Espíritu mismo; guardar la unidad del Espíritu es permanecer en el Espíritu vivificante—v. 3; cfr. Éx. 26:26-28.
    2. El Padre está corporificado en el Hijo, el Hijo es hecho real para nosotros como el Espíritu y el Espíritu se mezcla con los creyentes; tal mezcla es la constitución intrínseca del Cuerpo de Cristo—Ef. 4:4-6.
  - B. Guardamos la unidad del Espíritu al ser perfeccionados por los miembros dotados para la edificación del Cuerpo de Cristo—vs. 11-12:
    1. En Juan 17 el Señor Jesús oró al Padre pidiéndole que nos perfeccionara para que seamos uno en el Dios Triuno—vs. 21, 23.
    2. En Efesios 4 el apóstol Pablo nos dice que la Cabeza dio los dones a fin de perfeccionar a los santos hasta que todos lleguemos a la unidad—vs. 11-13.
  - C. Guardamos la unidad del Espíritu mediante el crecimiento en la vida divina, al crecer en todo en Aquel que es la Cabeza—vs. 13, 15; Col. 2:19.
- VI. Es imprescindible que participemos en la común comunión del disfrute de Cristo, que es la porción común de todos los